

Movimiento feminista

por María Elena Oddone

La reciente masacre de la secta liderada por David Koresch atrincherada en el poblado de Waco, estado de Texas, ha traído a la atención pública el problema de la violencia religiosa, tan antiguo como la humanidad. De todo lo que se ha escrito sobre este episodio que causó la muerte de 80 personas, no se sabe con exactitud el número todavía, de todo lo que se ha dicho, se ha hecho una condena generalizada al líder del grupo como un individuo con las facultades mentales alteradas. Sin embargo, una rápida memoria a la historia de las religiones nos dará como conclusión que la violencia terminada en la muerte es común a todos los credos religiosos sin excepciones.

La naturaleza humana es naturalmente agresiva en parte. El libre albedrío y la razón son los frenos que la naturaleza ha dado al ser humano, para dominar su agresividad. Cuando se estimula la agresividad innata, el resultado es la violencia, que busca una causa para descargarse, y lo hace contra sí mismo y contra los otros. Los credos religiosos son estímulos muy fuertes que generan la violencia que termina en masacre como ha sucedido siempre, no sólo en Waco.

Si las creencias religiosas fueran un pasatiempo inofensivo no habría ninguna objeción para hacer. Desgraciadamente causan tanto daño que son un problema social muy grave porque dan origen a otros problemas sociales e individuales. Cuando la libertad individual invade el terreno de la libertad de otro, allí se termina el derecho a la libertad. Como las creencias religiosas con toda su carga de violencia e intolerancia están tan generalizadas, se omite

la discusión sobre su malsana influencia en la sociedad. Se han convertido en tema tabú y sólo se las menciona cuando se trata de señalar la mala influencia de las sectas, crítica que proviene siempre de las iglesias históricas, que ven amenazados sus intereses. No se va al fondo del problema, que no está en la diferencia entre secta e iglesia tradicional, sino en el daño que las creencias religiosas hacen a las personas y al conjunto de la sociedad.

• La mentalidad del creyente

Con motivo de la masacre de Waco, el neurobiólogo norteamericano Osvaldo Panza Doliani, miembro de la Academia de Ciencias de Nueva York dijo: "La fe es un aprendizaje que produce modificaciones cerebrales que no permiten analizar la vida desde ángulos diferentes. Una vez instalado el aprendizaje no hay técnicas para eliminarlas. Si esto se practica sobre gente ignorante, sin horizontes y tal vez desilusionados de otros credos, y se la mantiene bajo una prédica constante que torna permanente esas modificaciones cerebrales, las personas quedan impedidas de pensar con claridad".

Es discutible la alusión a la ignorancia de los creyentes, porque gente muy inteligente y muy instruida es creyente. El origen de las creencias religiosas se remonta a los albores de la vida del hombre en la Tierra cuando inventaba

dioses de aquellos fenómenos que no lograba entender. De eso hace sólo sesenta millones de años. Un lapso muy breve para esperar que la humanidad se haya liberado del temor a lo desconocido y no hay nada más desconocido que la muerte. Las religiones de cualquier clase alimentan ese temor en lugar de disiparlo, ofrecen un ficticio refugio a la inseguridad de un tiempo que indefectiblemente culminará con el fin de la vida.

Todas las religiones son crueles porque están fundadas en la sangre. Todas reposan principalmente sobre la idea del sacrificio, es decir de la inmolación perpetua de la humanidad a la insaciable posible venganza de un ser superior, un dios o varios dioses según las religiones. En ese sangriento misterio, los humanos son siempre víctimas, con la esperanza de un hipotético futuro venturoso más allá de la muerte. Con esa oscura esperanza las religiones destruyen la vida, atacan la libertad, la justicia y la solidaridad que podría existir entre los seres humanos si se estimulara el amor a sí mismo y al prójimo en primerísimo lugar y sin que haya nada ni nadie más importante.

Lo paradójico es que todas las religiones, sean históricas o sectas, hablan continuamente de amor, precisamente porque no hay nada de ese sentimiento cuando todas están construidas sobre lo irreal, apartadas total-

mente de la vida real, la que se percibe con los sentidos del cuerpo y de la mente. Las modificaciones cerebrales que menciona el neurobiólogo Doliani son las que se producen cuando se establece un mundo sobrenatural imaginario al que se aspira a llegar a cualquier precio. Salir de la realidad es locura y la religión es una locura colectiva, tanto más poderosa cuanto es una locura tradicional que ha penetrado en todos los detalles, tanto públicos como privados de la existencia social del pueblo, se ha encarnado en la sociedad y se ha convertido en el pensamiento colectivo.

Luego los diversos sistemas religiosos han seguido su curso natural dentro de las sociedades porque aliadas con los estados se apoyan mutuamente. Cuando la locura religiosa se aparta de la locura colectiva habitual, el grupo religioso es perseguido, no por ser religioso, sino porque no se ajusta a lo establecido por el Estado. Como la obsesión religiosa es la otra vida, después de la muerte, se sacrifican porque la persecución les da el pretexto para convertirse en mártires. Las circunstancias no son la razón de la violencia que esgrimen contra ellos mismos suicidándose, la violencia está en hacerles creer que la vida no tiene ningún valor, por tanto, se puede destruir para obtener un beneficio superior. Así pensaban los primeros cristianos que se autoinmola-

ban dejándose comer por los leones en el circo romano cuando el cristianismo era una secta.

• La violencia religiosa

Pocos días antes del ataque al reducto de los davidianos, David Koresch envió a los agentes del FBI dos cartas en las que reconocía ser Dios. Decían: "Yo soy tu Dios y te inclinarás ante mí en señal de reverencia. Yo soy tu vida y tu muerte. Yo soy el espíritu de los profetas y el autor de sus testimonios. Tengan temor de mí".

No era original Koresch. Sus afirmaciones ya han sido escuchadas antes con el mismo deplorable resultado. Para los estudiosos de la religión, el comportamiento de Koresch tiene una lógica coherente. A los 33 años, lo tenía ahora, dijo: "Hace dos mil años vine a salvarlos y me crucificasteis. He vuelto ahora y me recibís a tiros".

Es que los tiempos han cambiado. Los hombres no. En 1978, Jim Jones ordenó el suicidio de 900 seguidores en Guyana donde había establecido un pueblo, cuando el gobierno norteamericano envió un legislador para investigar. La comisión fue asesinated por los seguidores del Templo del Pueblo como se llamaba el grupo. La América invadida por el reino de España cristiana, destruyó todas las religiones indígenas para imponer la suya. Esta religión había hecho algo parecido en

los siglos XII, XIV y XV cuando prendió hogueras para los disidentes que se empeñaban en seguir practicando los cultos paganos.

El gobierno musulmán de Irán condenó a muerte mediante un decreto al escritor Salman Rushdie porque se sintió agraviado por la obra *Versos satánicos*. Las inmolaciones a lo bonzo, morir quemado, es práctica común de los budistas. Las citas a los episodios de violencia religiosa son el clima de toda la historia humana que por la locura religiosa es una historia de sangre y fuego. No es una metáfora porque estos dos elementos, son infaltables en todas las religiones.

Fe y fanatismo son iguales. La diferencia está en que las religiones históricas tradicionales ejercen el poder político. Están enquistadas en los estados, gozan de todos los privilegios para difundir sus doctrinas.

Las sectas recién inauguradas son combatidas por las iglesias tradicionales, como lo fue el cristianismo hasta el siglo IV con el emperador Constantino. Pese a lo cual los miembros de esas iglesias tradicionales son tan fanáticos como los de las sectas.

La Iglesia católica cogoberna en toda Latinoamérica. En nuestro país la Constitución garantiza su mantenimiento económico por todo el pueblo, lo que constituye una expresión de autoritarismo y abuso.

Las religiones son una enfermedad endémica. El problema no está en la antigüedad como garantía de normalidad ni en los líderes carismáticos, sino en las muertes y las enfermedades mentales que propagan. La violencia es la esencia de las creencias religiosas, el fanatismo, su origen. □